

A ORILLAS DEL SANDÁ

SONATA PASTORAL

GYRÐIR ELÍASSON

TRADUCCIÓN DE FABIO TEIXIDÓ



VOLCANO

Título original: «Sandárbókin».

© Gyrdyr Elíasson, 2007.

Publicado por acuerdo con Dimma, Islandia.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

© de la traducción: Fabio Teixidó Benedí, 2020.

Primera edición en VOLCANO Libros: febrero 2021.

La traducción ha sido posible gracias a la ayuda de:



ICELANDIC LITERATURE CENTER

VOLCANO Libros

Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España).

www.volcanolibros.com

Diseño editorial: Javier García.

Diseño gráfico: Pedro Viejo.

Maquetación: Volcano Libros.

Materias THEMA: FBA

ISBN: 978-84-122831-1-2

Depósito Legal: M-31711-2020

Impreso en Kadmos. Salamanca (España).

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12,5.

En memoria de mi padre

VERANO

*Una pared, espesa contra el viento del Norte,
porosa a la luz del Mediodía,
una casa rodante, viajera, transparente
a todos los favores del Mediodía...*

ANDRÉ GIDE

*Ningún sabio escribe un libro.
Ningún hombre cuenta su propia historia.
El sabio sabe pasar desapercibido
y hacer que todos lo olviden.*

AUTOR DESCONOCIDO

AQUEL DÍA OSCURO CAÍAN DEL cielo algunas gotas de lluvia mientras me adentraba en la zona del valle donde el bosque se extiende hacia lo alto de las laderas. Pertrechado con una pequeña mochila, bordeé a paso firme el río de aguas transparentes por un estrecho sendero que sorteaba los alerces, de cuyas hojas emanaba una fragancia acre.

El camino estaba encharcado en algunos tramos y tenía que pisar los troncos caídos para no mojarme. Sentí de nuevo el extraño gozo que me invade cada vez que me adentro tanto entre los árboles que no veo más que troncos y ramas; el color verde parecía apaciguar mis tensiones internas.

Al subir la colina, donde los abetos, altos y rectos, crecían más apretados, vi aparecer un claro a mano derecha. Y en ese claro, tapizado de altas hierbas y campanillas, había una joven vestida con un impermeable rojo. Sentada con las piernas cruzadas, parecía meditar profundamente. Me detuve para observarla. De pelo moreno, estaba in-

móvil con los ojos cerrados. Como no soy persona de practicar meditación, no sabía si podía interrumpir su momento de unión con la existencia, así que me limité a concederme unos instantes para observarla con simpatía antes de proseguir mi camino. Probablemente se alojaba en el *camping* de más abajo, el que queda justo enfrente de mi caravana, al otro lado del río.

Continué por un camino de tierra que acababa de recorrer un tractor, seguramente con el remolque cargado de troncos. Enseguida llegué al puente desde donde puede contemplarse el valle. Ante mí se extendía la asombrosa inmensidad del bosque, y por muchas veces que hubiera estado ya en aquel puente de madera, no dejaba de fascinarme la exuberancia de la vegetación que crece en los márgenes del desierto. Por debajo serpenteaba el Sandá, y, a lo lejos, se distinguía el gran río glaciar, que se retorció como una boa de tonos pardos y rojizos por la despoblada llanura. En el valle se veía un estrecho sendero que discurría entre los alerces dañados por la última erupción. La piedra pómez rodeaba las raíces, y las ramas se combaban más de lo normal, como afligidas, conscientes, quizá, de que las tierras desérticas de los alrededores estuvieron una vez plagadas de árboles como ellos. El imponente cono volcánico causante de esa desolación se ocultaba entre las nubes, al este del río glaciar. En ese momento informaban en la radio de la inminencia de una nueva erupción. Yo no podía decir precisamente que lo lamentara: desde siempre he querido ver una erupción volcánica.

Algunos tramos del sendero eran resbaladizos y peligrosos. Por el camino se escondían raíces enmarañadas que parecían haber sido diseñadas con el fin de hacer tropezar a los excursionistas más inocentes, pero yo las veía venir.

En el fondo del valle se hallaba la tumba del hombre que había comenzado a reforestar la zona y había querido que lo enterraran en un pequeño claro del bosque. Junto a él yacía su caballo, que había muerto al fallecer su dueño. Si yo hiciera meditación, habría escogido ese lugar para practicarla en lugar de la colina donde había visto a la mujer de rojo. Leí la inscripción de la lápida que se alzaba sobre la tumba del animal.

AQUÍ YACE EL BUEN CABALLO BLESÍ,
QUE CAYÓ A LOS 26 INVIERNOS DE EDAD
Y AHORA ACOMPAÑA A SU DUEÑO
POR NUEVAS SENDAS.

Era evidente que habían grabado la inscripción con un cincel romo. La piedra se había hecho añicos, pero todavía era legible. Me senté junto a la diminuta valla pintada de azul que rodeaba la tumba del hombre, me quité la mochila y saqué una botella de Coca-Cola y una tableta de chocolate negro. Partí dos onzas y me las comí mientras bebía, aunque se había calentado un poco y no terminaba de refrescarme todo lo que debía.

Escuchaba el leve murmullo del río cercano, el dulce repicar de las desperdigadas gotas de lluvia que caían

sobre los frondosos álamos y el canto de algún pajarillo solitario. Volví a pensar en la mujer de la colina y me pregunté si seguiría allí. Presa de la inquietud, me puse de pie y subí la cuesta por la que había venido. A la altura del puente me había quedado sin aliento, pero continué hasta llegar al claro donde la había visto.

Como era de esperar, había desaparecido. Paseé la mirada por el claro durante unos instantes, como si no pudiera creerme que ya no estuviera allí; como si diera por hecho que pertenecía al mundo oculto de los elfos. Me llevé una leve decepción. Después di media vuelta y crucé el puente por segunda vez aquel día.

Regresé a mi caravana sin detenerme ni una sola vez por el camino. Escogí otro sendero, uno más próximo a la montaña que bordeaba unos solemnes riscos con aspecto de estar a punto de derrumbarse. La lluvia, cada vez más intensa, había oscurecido la roca. Mi forro polar estaba prácticamente empapado y la tierra del sendero se había ennegrecido. Se decía que, en las noches de otoño, tres hombres cabalgaban por el valle a toda velocidad a lomos de sus caballos negros, tres jinetes de otro mundo que recordaban a sus compañeros del Apocalipsis, salvo por la ausencia del cuarto, que quizá se había caído de su rocín. Me pregunté si los muertos podían caerse de un caballo, pero no llegué a ninguna conclusión. Aparentemente, alguien los había visto por esta zona a mediados del siglo pasado. Habían llegado cabalgando a galope tendido con

sus sombreros negro azabache, rozando las ramas colgantes. ¿Tal vez se hubieran aparecido los tres mosqueteros en este lugar tan improbable? Puede que Dumas, el propio autor, los hubiera acompañado inicialmente pero se hubiera caído del caballo y quedado atrás, más abajo, quizá en el lugar donde se encuentra ahora el área de las caravanas, y todavía vagara por allí, perdido en el tiempo y en el espacio.

Abrí la puerta de la caravana y me refugié de la lluvia. Dentro hacía un calor agradable y las gotas repicaban en el tejado mientras me quitaba el abrigo empapado.